



La cultura a merced del poder local

Heiner Müller prohibido en Verdun

Por Irène Sadowska-Guillon
Traducción de Nathalie Cañizares

La prohibición en Verdun de la obra y de la persona de Heiner Müller, fallecido a finales de diciembre de 1995, no es una novedad en la cuestión de la censura artística en Francia. Recordemos la ofensiva contra *Les paravents* de Jean Genet, estrenada por Jean Louis Barrault en París en el Teatro de L' Odéon en 1968, pero también en su nuevo montaje en Marsella por Marcel Maréchal en 1992, e igualmente la prohibición en 1991 de la puesta en escena de *Roberto Zucco* de Bernard Marie Koltès en Chambéry y de las tentativas de impedir sus representaciones en el TNP de Villeurbanne y en el Teatro de la Ville de París. A estos incidentes podríamos añadir otros.

Si el asunto de la prohibición de Heiner Müller en Verdun toma hoy una trascendencia particular no es únicamente por que se trata de un escritor de renombre mundial, Premio de Europa en 1994 por su obra, de un anti-fascista que ha sufrido tiempos difíciles en la RDA antes de ser rehabilitado y utilizado por la Perestroika, de una persona que afirmaba encarnar los remordimientos de su propio país. La mayor parte de su obra dramática ha sido montada en Francia por directores de escena tales como Patrice Chéreau, Mathias Langhoff, Jean Jourdeuil, y otros.

Su participación en la Conmemoración de la Batalla de Verdun marcaba el espíritu de reconciliación franco-alemana y adquiría, en el contexto europeo actual, un sentido simbólico.

Por consiguiente, su prohibición en este lugar de la memoria trágica de Europa toma un matiz político. Pero es, ante todo emblemática, y revela una tendencia más general e inquietante de someter el arte y la cultura a un «nuevo orden» arbitrario, a un dictado

del poder local, que se ha ido desarrollando peligrosamente en Francia desde hace algunos meses.

Efectivamente Verdun no es el único baluarte de este oscurantismo y de una «dictadura cultural» que se ha impuesto en muchas otras ciudades y provincias, aunque sólo sea por citar Albi, Carpentras, Orange. La influencia del poder local sobre la cultura va desde la destitución de los directores de estructuras culturales rebeldes al «nuevo orden», hasta la supresión de las subvenciones, desde el control de las programaciones hasta las intervenciones en los proyectos de los artistas y los directores de escena, a uno de de los cuales se le ha rogado firmemente que renuncie al montaje de una obra de Brecht. Estos procedimientos, cada vez más frecuentes, practicados tanto por municipios de derechas como de izquierdas, no tienen más que un único objetivo: utilizar la cultura como un medio popular del poder local. Lo más preocupante es que el Ministerio de Cultura, no habiendo reaccionado más que en algunos casos espectaculares ha optado finalmente por comportarse como el avestruz de cara a estos atentados contra la libertad de la cultura, con el pretexto de que se trata de asuntos locales, propios de competencias municipales.

En Verdun estalla una nueva batalla

El asunto de Verdun no es simplemente local.

En junio de 1996 debe tener lugar la Conmemoración del 80 aniversario de la Batalla de Verdun.

En 1995, gracias a la iniciativa de Laurent Brunner, director del Teatro Le Quai de Ver-

dun, promulgado por el Ministerio de Cultura, había sido acordado un proyecto de creación: dar la palabra a los autores actuales para hablar de la guerra.

Michel Simonot, autor y director de escena, encargado por el Teatro de Verdun de dicho montaje previsto para el 15 de junio de 1996 y titulado *Rojo nocturno, Crónica de días terribles*, ha concebido un espectáculo estructurado en «estaciones», inspirándose en la forma de las *stationendrama* inaugurada por Strindberg y retomada en los años 1910 y 1920 por los expresionistas alemanes, espectáculo para el cual, además de su propia escritura, ha encargado textos a Heiner Müller, Suzanne Joubert y Jean Jourdeuil. Un espectáculo sobre la guerra y sobre la puesta en crisis de la memoria, condenada a revivir perpetuamente la fascinación de un pasado, incapaz de producir un presente o un futuro.

Dicho polémico espectáculo -más allá de la guerra 1914-18, la inombrable carnicería de la guerra 1939-45, de Auschwitz, de Hiroshima- apelaba naturalmente por su contenido, al intercambio de puntos de vista, a la confrontación de los textos de mujeres y hombres, de franceses y alemanes.

Esta creación original, en la que participaban actores, un coro y unos músicos, ha obtenido la ayuda financiera del Ministerio de Cultura.

Para trazar las líneas del trabajo a realizar y hacer «provisiones de imágenes» Heiner Müller se presentó a principios de octubre de 1995 en Verdun, en tierras que lo atormentaban desde hacía tiempo. Tras su visita al campo de batalla y al monumento a los muertos, durante una conversación informal, interrogado por una periodista de *L'Est républicain*, dió parte de sus impresiones personales. Sus palabras referidas en el periódico,



"Fotzer Material". ÖBB-Halle, Viena (1985).

transmutadas por la lógica política en una declaración, y luego en una provocativa e insultante proclamación para la memoria de los muertos de Verdun, han desencadenado la indignación de la Asociación Nacional del Recuerdo de la Batalla de Verdun que ha exigido la exclusión de Heiner Müller de la Conmemoración de la Batalla y la prohibición de su presencia en Verdun. Lo que el alcalde de la ciudad, el Sr. Arsène Lux, ha hecho sin esperar y sin informarse.

¿Qué dijo realmente Heiner Müller y cuál fue el verdadero desarrollo del asunto?

A la pregunta: «¿Ha sentido alguna emoción en este campo de batalla donde perecieron 400.000 soldados franceses y alemanes?», contestó: «No. La puesta en escena del lugar mata la emoción» y ha observado a propósito del Muerto-Hombre, lugar particu-

larmente mortífero de la batalla: «Lo recargado de los monumentos que glorifican al país. Son todo mentiras que ocultan la realidad. Uno tiene la sensación de que la gente los ha erigido para excusarse por haber enviado a la muerte a estos soldados y para dar un sentido a una guerra que no lo tenía. Son como un sucedáneo y en este sentido lo recargado es un síntoma de los remordimientos. Estos monumentos son la expresión de un arte para los muertos, un arte gigantesco, pero no es más que una m... El arte con mayúsculas, el arte verdadero es el arte hecho para los vivos. Si en lugar de esto, franceses y alemanes hubiesen unido sus energías y su inteligencia para construir un pueblo, hubiese sido magnífico. Ahora comprendo por qué mi abuelo, que combatió en Argonne durante la primera guerra, empezó a beber cuando

se declaró la segunda. Nunca habló de ello.»

A la pregunta: «¿Piensa que el pacifismo es una ingenuidad?», contestó: «Sí. A pesar de ello, a uno le parece que fue absurdo que ambos bandos no pensarán más que en luchar, en enterrarse, en vez de volver a su casa. No tenían motivos personales para hacerlo. La unidad nacional. Sin embargo, no había una única Francia, una única Alemania. Había dos, la de los ricos y la de los pobres, la de los poderosos y la de los débiles. La segunda se ha entregado por la primera.»

¿Podemos vislumbrar en estas declaraciones un insulto a los muertos? En contrapartida, la lucidez de Heiner Müller, el tono de sus afirmaciones, dejaban suponer que su contribución en el espectáculo *Rojo nocturno* iría dirigida no a los muertos, sino a los vivos y que propondría una lectura crítica, dinámi-



ca, de la memoria de la guerra, otorgando un sentido al presente y sirviendo para el futuro.

Pero la bomba Heiner Müller explota y transforma a Verdun esta vez, en un campo de batalla cultural.

El 22 de octubre un periódico regional, y más tarde el 26 de octubre *Le républicain lorrain* anuncian que Heiner Müller ha sido declarado persona *non grata* por Arsène Lux, alcalde de Verdun y publican la carta que este último envió al director del Teatro de Verdun, Laurent Brunner.

«El Sr. Heiner Müller -escribe el alcalde de Verdun- ha perdido totalmente el prestigio a los ojos de los habitantes de Verdun y de sus antiguos combatientes. Por consiguiente, queda totalmente descartado que pueda participar en la conmemoración. Le agradecería que hiciera todo lo necesario para poner fin de inmediato a la participación del Sr. Heiner Müller en la celebración del 80

aniversario así como en todos los eventos ulteriores que conciernan a la ciudad de Verdun.»

Laurent Brunner, reaccionando a dicho veredicto aplicado a toda la producción de Heiner Müller, prohibida definitivamente en la programación del teatro, solicita solemnemente en una carta publicada en el periódico *L'Est républicain* del 24 de octubre de 1995, que el alcalde de Verdun cambie su decisión en nombre de las libertades garantizadas por la Constitución de nuestro país. Simultáneamente denuncia los ataques contra Heiner Müller, tachado de «nazi» por algunos en Verdun.

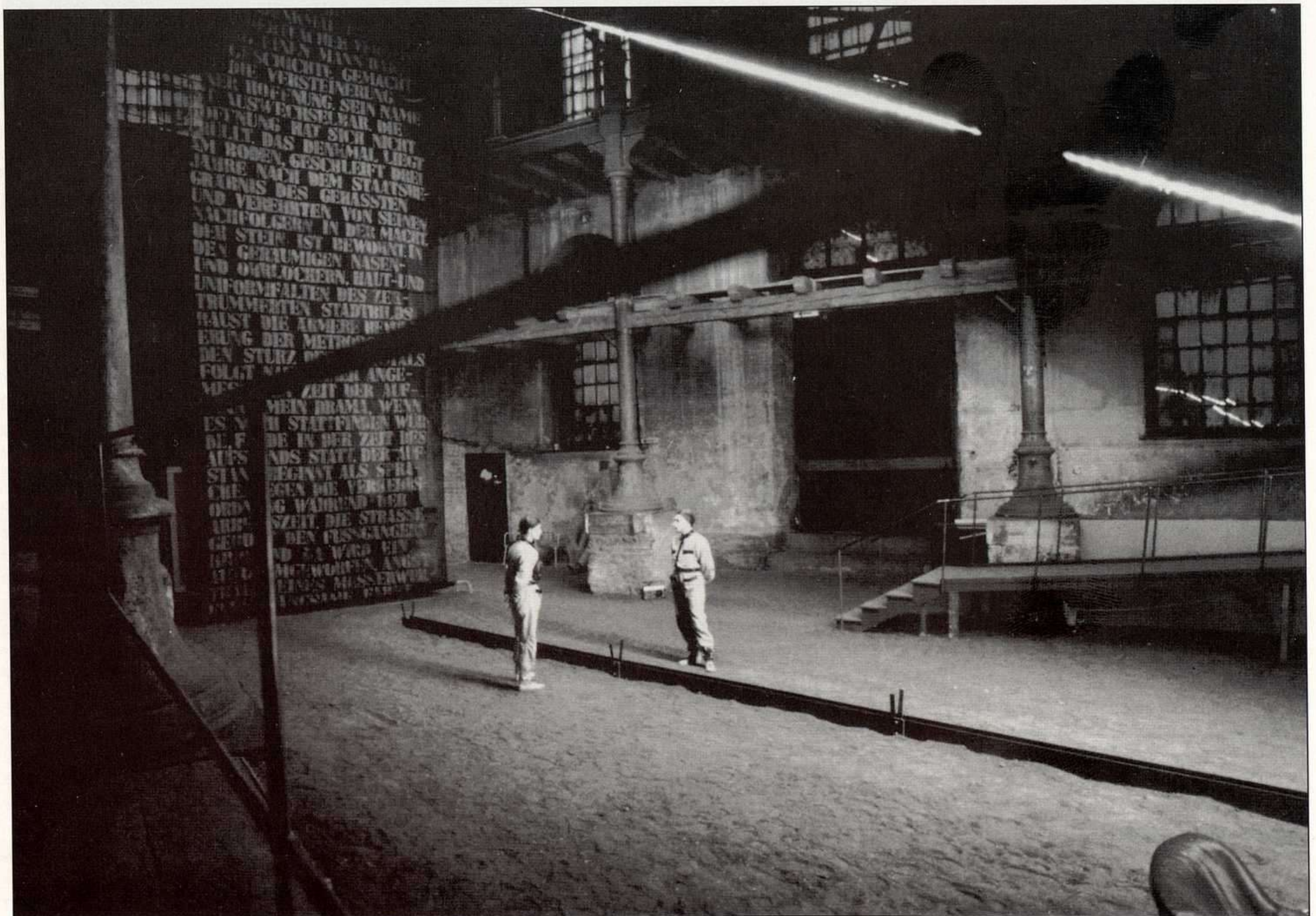
El alcalde, no sólo no cede, sino que al contrario, reafirma su decisión.

El mal está hecho: Müller no irá a Verdun y los otros artistas alemanes como Suzanne Linke o el Coro de la Radio de Berlín, rechazarán presentarse en un marco de censura.

Mientras que la prensa francesa, excepto *Libération* (del 28/10/95), *La Croix* (del 30/10/95) y *Le Monde*, se muestra extrañamente discreta sobre la prohibición de Heiner Müller en Verdun, los periódicos alemanes más importantes, entre otros el *Berliner Zeitung* (del 31/10/95) y el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (del 24, 25 y 26/10/95) testimonian ampliamente el asunto, calificándolo de «escándalo», y al alcalde de Verdun de «sectario» y de Le Pen.

Este último, considerando que el Teatro Le Quai y su director eran los causantes del escándalo, rompe el convenio que existía entre la ciudad de Verdun y dicho teatro, y decide que su programación pasará en lo sucesivo por el control del municipio.

Las protestas oficiales de los electos regionales, de los responsables de los espacios teatrales de Lorraine y del Sindicato Nacional de los Directores de Empresas Artísticas y



"Hamletmaschine", en *Semper Depot*, Theater AngelusNovus (Viena, 1984).



Un ensayo de "Oedipo Tirano".
Dirección: Matthias Langhoff.
BurgTheater de Viena (1988). (Foto: Matthias Horn).

Culturales (SINDEAC) no surten ningún efecto.

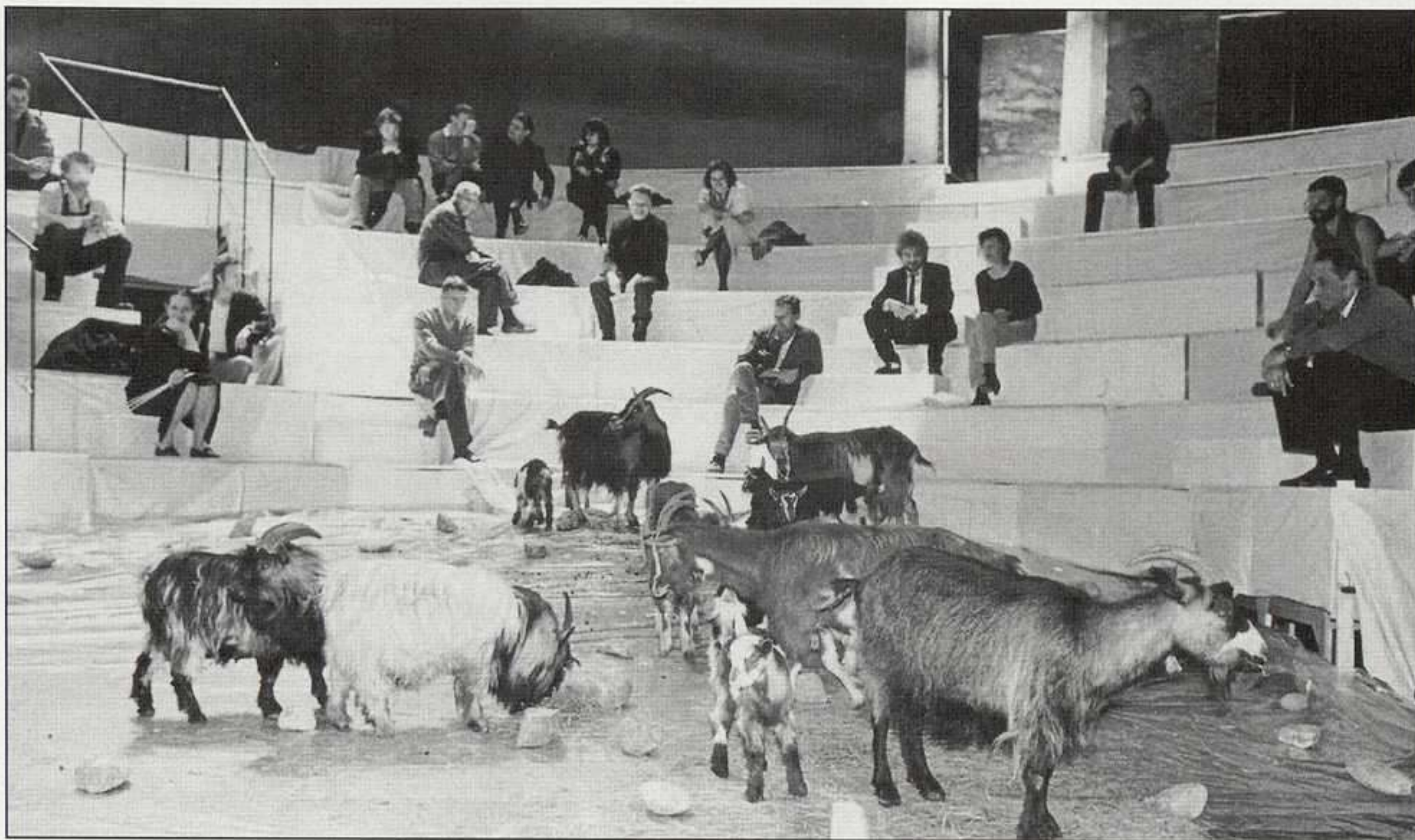
Interpelada en este asunto, la Presidencia de la República responde a Laurent Brunner una carta con fecha 20 de noviembre que: «Los servicios de la Presidencia de la República no pueden intervenir en este caso por ser competencia del municipio de Verdun.» Al mismo tiempo, la actitud del Ministerio de Cultura que contemporiza y trata de evitar cualquier compromiso, equivale a una denegación de la política artística del director del Teatro de Verdun, apoyado sin embargo por el Estado por su ejemplar modo de proceder.

Preocupándose más por las arriesgadas consecuencias políticas del asunto que por la libertad de la cultura, el Ministro de Cultura, el Sr. Philippe Douste Blazy, interviene únicamente por medio de una carta, confidencial durante largo tiempo, dirigida al alcalde de Verdun con fecha 16 de noviembre de 1995. «Las observaciones de carácter estético de Heiner Müller, tal y como han aparecido en la prensa, más allá de la cuestión de la arquitectura o de la puesta en escena, pueden conducir peligrosamente a una actitud intelectual que haría tabla rasa del sufrimiento y del sacrificio de una generación de Europeos, -escribe el Ministro-. Por otro lado, la emoción suscitada por estas declaraciones de un escritor de renombre mundial, con un agudo sentido de la provocación, no tendrían por qué cuestionar la calidad de las relaciones franco-alemanas o la libertad artística de los dos lados del Rin.

«En vísperas de la conmemoración del 80 aniversario de esta batalla heroica en la historia de Europa, el obrar conjuntamente es más importante que nunca, con el fin de evitar cualquier tipo de polémica.»

Haciendo caso omiso de dichas sugerencias el belicoso alcalde de Verdun permanece intransigente y rechaza la negociación.

Ante el desentendimiento flagrante del Ministerio de Cultura, el Sindicato Nacional de los Directores de Empresas Artísticas y Culturales, del cual, sin embargo, el Teatro de Verdun no forma parte, se encarga del asunto. «Lo que llama nuestra atención, es la amplitud de la trascendencia, por su gravedad, de un caso al que atribuimos un valor simbólico», declara el presidente del SINDEAC en la carta que dirige el 19 de diciembre de 1995 al Ministro de Cultura. Solicitando expresamente una toma de posiciones concreta el SINDEAC cuestiona la capacidad del Estado de gestionar la descentralización cultural y artística. ¿La República Francesa, la democracia, se detienen acaso ante las puertas de las colectividades territoriales? ¿Pueden



éstas, como en Verdun, disponer a su gusto de la libertad de expresión y crear con toda tranquilidad, un orden contrario a la Constitución sin ninguna reacción del Estado? ¿Cómo se justifica el silencio del Ministerio de Cultura?

«Si dicha política de censura, cuyos signos precursores observamos hoy en día, se instaurara, ¿de qué cultura sería usted partidario, Sr. Ministro?», pregunta el presidente del SINDEAC.

La muerte de Heiner Müller obliga al Ministro de Cultura a salir de su mutismo. El 2 de enero de 1996, en un homenaje hipócrita al dramaturgo alemán fallecido, declara: «Leer a Heiner Müller era una gran lección de lucidez. Lucidez hacia nosotros mismos. Lucidez hacia nuestras debilidades. Lucidez hacia el sentimiento trágico que cada uno de nosotros oculta y algunas veces demuestra.» Y termina su mensaje afirmando: «Müller provocaba las conciencias.» ¿No era precisamente lo que había sucedido en Verdun?

Desde entonces, ninguna otra reacción del Ministerio.

¿Heiner Müller prohibido post-mortem?

La muerte de Heiner Müller no anula la trascendencia política de la censura que todavía impera sobre la creación del espectáculo, *Rojo nocturno, crónica de días terribles*, programado para el 15 de junio de 1996 en Verdun, en el cual debía haber participado. No se ha manifestado ninguna intención de las autoridades de cambiar esta absurda decisión.

En dicho contexto donde situaciones similares se multiplican, corriendo el riesgo, ante la falta de reacción del Ministerio de Cultura, de reforzar el poder local en su derecho arbitrario de establecer un nuevo orden cultural, la movilización de la profesión artística para defender la libertad de la cultura, es urgente más que nunca. Sobre todo considerando que estos ataques alcanzan igualmente otras disciplinas además del teatro.

Para hacer un balance de la situación y proponer un plan de acción el SINDEAC ha organizado, el 8 de enero de 1996 en París, un encuentro de los profesionales con la prensa.

Aparte de la censura de Heiner Müller en Verdun, contamos actualmente con una quincena de casos similares de requisas de la cultura por el poder local y una treintena de otros potenciales. Se trata de teatros en los cuales la financiación del Estado es mayoritaria y que sin embargo, ni siquiera pueden contar con la intervención del Ministerio para impedir los abusos de los poderes locales. Hasta tal punto que, siendo su situación tan delicada, algunos prefieren que no se hable de ellos.

Ahora se está esperando una reacción urgente del Ministerio. Por otra parte, la solidaridad de la profesión debe hacer lo posible para enfrentarse a los poderes locales y recordar al Estado sus deberes.

Reuniones de todas las compañías y teatros amenazados en Lorraine tendrán lugar el 17 de enero de 1996 en el Teatro de Verdun. Se organizarán otras para sensibilizar a la opinión pública sobre intolerables prácticas en un país que pretende ser un ejemplo de democracia y un centro cultural del mundo.